



8

ORIENTACION

ORGANO DE LA ASOCIACION
GENERAL Y MONTEPIO DE
EMPLEADOS JUDICIALES
DE MADRID

U.G.T.

EL MILICIANO

Con el fusil en la mano,
su faz curtida y risueña,
es la esperanza halagüeña
de paz, en el pueblo hispano.

Alma, vida y corazón
pone en la lucha sangrienta
que la canalla irredenta
ha sumido a la Nación.

Y espera cercano el día
que al pueblo triste y hambriento
que le oprimió el opulento,
con inicua cobardía

y ultrajó sin compasión
al más humilde, "al de abajo",
privándole del trabajo
que era su única ilusión.

Espera ese miliciano,
que es el verdadero hermano,
ondear una bandera
que salve la España entera
de yugo tan inhumano.

Bandera de libertad,
serena y bien entendida:
germen de una nueva vida:
¡Justicia y Fraternidad!

DON CRISPIN

EDITORIAL

Nuestro editorial del último número ha dado motivo a que el Sindicato Unico de Funcionarios Judiciales (C. N. T.) contestase con una nota larguísima inserta en "Castilla Libre" y reproducido en "C. N. T.", vertiendo en ella, entre razonamiento y razonamiento, alguna que otra frase de gran calibre.

Podríamos llenar nuestro periódico con las consideraciones que nos sugiere la mentada nota; pero no somos amigos de la polémica periodística, y menos en estos momentos, en que nuestras conductas, nuestras actividades y nuestras luchas, deben ir encaminadas al único objetivo sindical serio: a la unificación.

C. N. T. y U. G. T. tienen una misión histórica que cumplir, y no es ella, precisamente, echar a rodar una labor de quince años los unos, y desperdiciar los otros energías que el Sindicato naciente precisa para poner en práctica aspiraciones que por otros no se supieron interpretar...

Agotar el léxico calumnioso no es ninguna obra de romanos. Basta con dar gusto a la lengua y lanzar unos cuantos improperios. ¿Qué conseguiríamos con ello? Nada. Es decir, si, que los emboscados—que los tenemos, aunque "C. N. T." crea lo contrario—, a pesar de "haberlos denunciado a tiempo", se froten las manos de gusto viéndonos enzarzados en disquisiciones.

Por ello, de la nota de referencia, lo único que nos interesa recoger es el último párrafo, en el que anuncia el Comité su buen deseo de colaborar con U. G. T. en una labor de estructuración de la Justicia.

Por nosotros, manos a la obra.

Pero no olvidéis las frases del secretario del Comité Nacional de la Confederación Nacional del Trabajo, camarada Mariano R. Vázquez, en su artículo "Insistir", al referirse a "elementos que cuando sólo se precisaba batallar, no existían, y ahora ya se permiten el lujo de gritar".

Que griten, camaradas confederados, que griten, y nosotros, calladamente, con nuestras manos enlazadas por la amistad indestructible, a laborar y a no dejarnos arrastrar por los "chillones".

LA CONSTITUCION RUSA

II

Abarca el Capítulo II de la Constitución rusa los artículos 13 a 29, desarrollando en ellos la Organización del Estado de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas, siendo éstas un Estado federal constituido sobre la base de la unión, libremente consentida, de repúblicas soviéticas socialistas, iguales en derechos (artículo 13).

Integran en la actualidad la Unión, la República Soviética Federativa Socialista de Rusia y las Repúblicas Soviéticas Socialistas de Ucrania, Biélorusia, Azerbeijan, Georgia, Armenia, Turkmenia, Onsbekia, Tadjikia, Kazakhia y Kirghizia.

Corresponde a la Unión, por medio de sus órganos superiores del Poder y de los organismos de la Administración del Estado—artículo 14—, la resolución de todas las cuestiones fundamentales que en el orden interior y exterior, afectan a una nación, así las cuestiones de paz y guerra, la admisión de nuevas repúblicas, la organización de la defensa de la U. R. S. S. y la dirección de todas las fuerzas armadas, el comercio exterior sobre la base del monopolio del Estado, la aprobación del presupuesto único, la dirección de los transportes, la dirección del sistema monetario, la emisión de empréstitos y la legislación en todas sus fases.

La soberanía de las repúblicas federadas—artículo 15—no reconoce otros límites que los que indica el artículo 14, ejerciendo fuera de ellos cada república federada el Poder del Estado de una manera independiente, protegiendo la Unión los derechos soberanos de dichas repúblicas.

El artículo 17 establece el derecho que conserva cada república federada a separarse libremente de la U. R. S. S.

Según el artículo 19, el territorio de las repúblicas no puede ser modificado sin su consentimiento; teniendo, según el 19, las leyes de la U. R. S. S. fuerza igual en el territorio de todas las repúblicas federadas.

El artículo 20 prevee que, en caso de divergencia entre la ley de una república federada y la ley federal, prevalecerá esta última; estableciéndose la ciudadanía federal—artículo 21— como única para los ciudadanos de la U. R. S. S., considerando a todo ciudadano de una república federada, como ciudadano de la U. R. S. S.

Y, por último, los artículos 22 a 29 detallan los territorios que integran cada una de las distintas repúblicas que en su seno acoge la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas.

Un problema de los de mayor trascendencia, entre los múltiples que se plantearon terminada la revolución de octubre al pueblo ruso, era el de agrupar en un solo Estado las distintas repúblicas que nacían a consecuencia de aquélla.

Obligaban a dicha unión un sinnúmero de circunstancias, ya que misión fundamental era establecer una colaboración fraternal entre todos los pueblos que a la revolución habían contribuido, a base de una ayuda mutua económica, política y militar, agrupándolos en un Estado tipo federal.

De ahí que en el texto de la declaración inicial del acuerdo referente a la Unión de Repúblicas—diciembre de 1922—se dijera: "...que lo inestable de la situación internacional y la amenaza de nuevas agresiones, hacían inevitable la creación de un frente único de Repúblicas soviéticas contra el cerco capitalista...", "...y que todas estas circunstancias exigían, de un modo imperativo, la fusión de las Repúblicas socialistas en un Estado unido, capaz de garantizar la seguridad externa, la prosperidad económica interior y la libertad de desarrollo de los pueblos..."

Que ello se ha conseguido, nadie podrá dudar.

El pueblo ruso, admirado por todos conceptos, y los hombres encargados de encauzar la revolución, con una clara percepción del futuro, adivinaban que, disgregado en pequeñas repúblicas, la revolución no daría cima a sus aspiraciones, ya que, dividido el mundo en dos

campos, el del capitalismo y el del socialismo, los integrantes del primero tenían ancho campo si no se llegaba a la unión para impedir por todos los medios los avances del socialismo, cosa, por otro lado, difícil en extremo, como la realidad se ha encargado de demostrar, conseguida aquélla.

No fué difícil llegar a dicha unión, ya que, aparte de las circunstancias antedichas, contribuían a ella de un modo capital el que las conquistas logradas por la revolución, fueron afirmadas por una lucha sin precedentes en la que forzosamente hubieron de tomar parte todos los pueblos de Rusia.

Y, por último, vemos que, dentro de esta

unión, impera, como en todos los órdenes de la vida rusa, la mayor democracia, ya que la soberanía de las repúblicas federadas que la integran no tiene más límites que los que taxativamente se marcan en el artículo 14, teniendo cada república su Constitución, con arreglo a las modalidades propias de la región, y conservando asimismo cada república su derecho a separarse libremente de la U. R. S. S., cuando lo estime oportuno.

Imitar en lo que nos sea posible a Rusia, madre de las democracias y mantenedora de la paz mundial, debe ser el empeño de todo comunista. ¡¡VIVA RUSIA!!

MALATESTA

VOLUNTAD

Tenía el propósito de no escribir para nuestro periódico, porque, creyendo conocerme bien a mí mismo, sé que no valgo para ello. Pero como entiendo que lo que el sujeto sienta nadie puede conocerlo si no lo exterioriza, rompo aquel propósito y doy principio a mi labor con estas líneas.

¿Malas? ¿Buenas? Seguro que peores que malas; pero, aun así, ya están escritas y no las modifico.

Entiendo, compañeros, que la mejor cualidad del hombre es la de tener voluntad; con ella no hay obstáculo que por grande que sea no se venza, no hay empresa difícil, no hay peligro del que no se salga airoso y no hay cosa alguna a realizar que no se consiga satisfactoriamente.

La Voluntad crea al hombre; el que carece de voluntad o tiene pobreza de ella es un ente que siempre será dominado por toda clase de circunstancias, y, por el contrario, con voluntad puede hacerse una sociedad nueva, crearse una nueva vida y realizar una labor de humanidad tal, que asombre incluso a los mismos que la efectúen. Pues bien: Voluntad, y en una cantidad máxima, tenemos que tener nosotros: primero, para dominar nuestros egoísmos y nuestras pasiones; segundo, para cooperar al triunfo de nuestra causa antifascista, y tercero, para elevar la profesión a que nos dedicamos al sitio en que nunca estuvo. Y con todo ello, para no ser solamente piezas sin importancia de la máquina de la justicia, sino ser la máquina misma.

Infinitas veces pienso que, alboreando ya una España distinta en absoluto a la que dejó de ser el día 18 de julio último, por estarse construyendo los cimientos de un pueblo nuevo, más grande, más compacto, más equitativo, más justo, mejor instruído, más culto, con más humanidad en todos sus procedimientos, es esencialísimo que inculquemos en las generaciones futuras ese culto a la Voluntad, que les hará independientes, que les redimirá de prejuicios y les hará marchar confiando siempre en el triunfo que indiscutiblemente tendrán.

Si nosotros hubiéramos tenido esa voluntad, que improvisadamente, como todo, tuvimos que crear en un momento, ya estaría vencida la guerra o quizá terminada, porque todo, absolutamente todo, estaría en orden, perfectamente organizado y naturalmente obedecería automáticamente a la voz de mando con una exactitud matemática. A conseguirlo van nuestros esfuerzos, y tomándolo como enseñanza para lo porvenir, tenemos el deber de que los que nos sucedan se formen en esa disciplina, que les dará más de la mitad del camino por recorrido y les evitará el trabajo enorme y los sinsabores que produce el tener que crear aquello de que se carece.

Si a mí no me falta esa voluntad, procuraré, en sucesivos artículos, ir desarrollando este tema, que acaso canse a los compañeros, pero que tiene como disculpa la mejor intención de quien los escribe.

ROGELIO

LA JUSTICIA DEL PUEBLO

He aquí un tema que, desarrollado por una persona acostumbrada a escribir, resultaría de un interés e importancia enormes; pero que expuesto por mí, quizá no logre siquiera la atención ni la paciencia precisas para terminar la lectura de estas pobres líneas, que, si carecen de literatura, poseen, en cambio, a mi juicio, la emoción de lo verdadero.

No pretendo dar aquí todo un cursillo jurídico, ni siquiera extenderme en consideraciones más o menos legalistas, sobre lo que es o debiera ser la Justicia popular. Unicamente quiero que todos cuantos se tomen la molestia de terminar la lectura de estas cuartillas participen de las emociones que a mí me proporciona diariamente el cumplimiento de mi deber en el papel que me ha sido encomendado en la Administración de la Justicia popular, que, como muy bien se dice en unos cartelones profusamente colocados en las paredes del Palacio de Justicia, "la creó el pueblo, es del pueblo y para el pueblo".

Como necesitaría todas las columnas de nuestro periódico para referir todos los casos que diariamente se presentan, me voy a limitar a dos de los más recientes y que yo juzgo de más interés.

Con ocasión de una vista en expediente seguido contra un maestro que ejercía su profesión en un asilo de huérfanos de carácter religioso, asistieron al acto del juicio unos extranjeros—después he sabido que periodistas ingleses, y por más señas del "Manchester Guardian"—, que por lo que pude averiguar después trataban de dar a conocer a su país los procedimientos de la Justicia revolucionaria con aquellos encartados de ideas religiosas. Parece que en esto tenían gran interés.

¿Creían, acaso, que la Justicia del pueblo se ensaña con los que profesan tales o cuales ideas? Si tal cosa pudieron creer, el resultado del juicio les habrá demostrado lo contrario.

Allí se juzgaba a un hombre, presunto desafecto al régimen republicano, legalmente constituido. Se practicaron pruebas y quedó demostrado—así lo estimó el Tribunal en conciencia—que aquel hombre nada había hecho contra la República: y fué absuelto libremente.

Y ahora yo les digo a estos camaradas periodistas: ¡Id a vuestro diario! ¡Reflejad en las cuartillas la impresión que os haya causado todo cuanto habéis visto! Y decidle a vuestro pueblo, que aquí, en Madrid, a pocos metros del

lugar del combate, hay unos hombres con "chubasquera" y boina por toda etiqueta, hombres del pueblo, que—como dijo el camarada Presidente al terminar el juicio dirigiéndose al inculpado, según costumbre, y recogiendo en esencia las frases del ilustre D. Mariano Gómez—, la etiqueta debe llevarse en la conciencia, no en el vestido; hay unos hombres, repito, que administran justicia, la verdadera justicia.

Otro caso: Un desgraciado que confiesa haber pertenecido en tiempos a determinada organización política, contraria a los intereses de la República: ¡ah!, pero que lo hizo impulsado por la necesidad de dar de comer a su compañera y cuatro hijos pequeños, y en esa organización le ofrecieron colocación. Dijo también en su declaración que desde que está preso se dedica a lavar la ropa de sus compañeros reclusos, para así ganar unos céntimos que diariamente viene a buscar su esposa a la Cárcel para llevar a sus pequeños un pedazo de pan.

Yo he visto a este Tribunal del pueblo, en el momento de dictar su sentencia, retorcerse el corazón, pensando en aquellos chiquitines, hijos del inculpado; mirar y remirar la Ley, y entablarse, entre el cumplimiento de ésta y lo que les dictaba su conciencia, una lucha que quedó reflejada en su sentencia, indiscutiblemente justa, al imponer al inculpado una sanción que no le impedirá estar entre los suyos; que le permitirá llevarles el producto de su trabajo; y que cuando aquella medida de seguridad se extinga, la República habrá ganado un ciudadano más dispuesto a defenderla.

Esta es la enorme diferente entre "ellos" y NOSOTROS: Mientras nuestra Justicia, la Justicia del pueblo, se preocupa de que los hijos y las mujeres de sus enemigos, llegado el momento de juzgarles, no se mueran de hambre, ellos, ¡COBARDES!, lanzan sus bombas y su metralla con una crueldad inaudita sobre nuestros hogares, regando con la sangre de nuestros hijos y de nuestras compañeras las calles de nuestro pueblo.

Y nada más por hoy. Yo he visto LA JUSTICIA DEL PUEBLO.

ENRIQUE AGUILAR

10 de febrero de 1937.



ANTE TODO, LA LEALTAD

Camaradas: Una de las razones que me deciden a trazar estas líneas, por no decir la única, es la de haber observado esta corriente, afortunadamente de poca importancia, tendente a la desunión entre nosotros.

Evitar todas las discrepancias, que no conducen más que a sembrar odios y rencores sólo beneficiosos para el enemigo común, debe ser tarea inaplazable para todos los que de verdad deseamos el triunfo de la causa.

Sepan bien todos los que tengan una conciencia honrada, que se está jugando nuestro bienestar a costa de la sangre de nuestros hermanos. Por tanto, para esta lucha, desencadenada por esos criminales fascistas, no debe haber más que un solo criterio en las filas democráticas, en todos los hombres de buenos sentimientos naturales.

Huyamos de las bajas pasiones, que sólo tienen por objeto buscar las mayores perturbaciones, llevándonos a la confusión y sem-

brando la división entre todos, obligándonos a combatir entre nosotros.

¡Alerta!, pues, y mucha vigilancia, pero también mucha prudencia. No desatarnos por una interpretación mal entendida.

Hermanos todos los que defendemos la justicia de nuestra causa, nuestras libertades. Que no haya una sola deserción en nuestras filas. Abracémonos fraternalmente, y, todos unidos, con un solo pensamiento, evitemos las discordias; que nadie puede oponerse a la voluntad de un pueblo que lucha por la razón contra la sinrazón.

Obediencia y respeto a la disciplina; por la dignidad de todos. Que podamos decir a los trabajadores de todo el mundo que la unión hace la fuerza, la fuerza el triunfo, y con éste la luz de la vida, del progreso y de la civilización.

Adelante con un saludo de fraternidad.

ROMERO

¡ MADRID !

La ciudad más admirada del mundo, cuya sola evocación hace provocar exclamaciones de sincera emoción. Sus gestas heroicas, su larga historia escrita con sangre de valentía, jamás fué igualada por pueblo alguno. Siempre la misma, alegre y simpática como ninguna otra, pero con el coraje de un león, el símbolo español.

No existen palabras para ensalzarte todo lo que mereces...

Madrid, Madrid, tú, que nos criaste en tus entrañas, que te hemos visto en épocas en que la paloma de la paz volaba suavemente antes de ser herida por el dardo traidor de Marte, con tus luces de ciudad luminosa moderna, tu bullicio callejero, con tus penas y alegrías, pero siempre optimista, te encuentras ahora triste, oscura. La metralla lanzada por los que vinieron a nuestra Patria vendidos a esos que dicen llamarse hijos del suelo que tú eres capital, te han herido con brechas de "civilización" según ellos, te han ultrajado inten-

tando que hollasen tus incomparables calles las patas---no los pies---de gentuza---no de gente---

Mas no lo han conseguido ni lo conseguirán. Madrid continúa como siempre, a pesar de su triste obscuridad, sigue optimista, fuerte, más fuerte que nunca...

¡Oh, Madrid! ¡Cuán orgullosos podemos sentirnos los madrileños de ser hijos de tu suelo! Ten presente que, mientras quede un átomo de vida en un joven madrileño, te defenderá sacrificando gustoso hasta la última gota de su sangre, arrojando lejos de ti, con desprecio, a esas turbas que intentan molestarte.

Y si existe alguna urbe en el mundo que sea más querida, más mimada, que haga despertar en el sentimiento del hombre nostálgicos pensamientos hacia sus calles, sus avenidas, sus casas torturadas cruelmente, esa eres tú, MADRID.

RUBIOSKY

DEL MOMENTO

Una vez más hemos tenido la satisfacción de escuchar la llana y franca palabra de nuestro compañero Eduardo Aguilar, y una vez más también esto ha sido consecuencia para poner de manifiesto la poca unidad que existe en el seno de nuestro Sindicato de Empleados Judiciales (U. G. T.), así como la desorientación que en relación a la situación de cada uno reina en el mismo. ¿Dónde radica el mal que origina y ha originado siempre esta falta de unidad y desorientación sindical dentro de nuestro Sindicato de Empleados Judiciales? Creo no estar equivocado totalmente al decir que a mi juicio radica en la dirección sindical.

De acuerdo y plenamente satisfecho con las gestiones que, para dar solución a nuestra situación económica, ha llevado a efecto el compañero Aguilar. No creo haya ninguno que niegue, después de oído su discurso, que el compañero Aguilar (y si personifico en él en estos términos exclusivistas la actuación llevada a cabo para resolver esa situación económica, es por representar hoy, dentro de nuestro Sindicato, el papel de única fuerza capaz) ha hecho cuanto ha podido para dar solución, y lo más rápidamente posible, a nuestra situación económica a que me vengo refiriendo y que hoy, después de tres meses sin percibir un céntimo por ningún concepto, tiene que ser, lógicamente, nuestra principal preocupación, pues, como acertadamente dijo un compañero en la asamblea que escuchó el discurso del compañero Aguilar, al estómago—frases quizá vulgares, pero de una pureza materialista indiscutible—no se le puede decir que espere por mucho tiempo, pues con el enflaquecimiento de la materia sobreviene la muerte de la Idea noble y generosa de que está dotado el pueblo trabajador que siente la Libertad y Democracia, y el debilitamiento del espíritu de sacrificio de que tanto necesitamos en estos momentos. Vuelvo a repetir, pues, que no creo haya ninguno que no esté conforme con los trabajos realizados por el compañero Aguilar a ese fin de solucionar nuestra mentada situación económica; pero ¿no está claro que nuestro mal de hoy—situación económica, falta de unidad, desorientación, acoplamiento de auxiliares con respecto a la situación profesional de cada uno

en los diferentes Tribunales Populares, Juzgados especiales de Urgencia y Militares—radica en no haber sabido coger las riendas de la Administración de Justicia al comienzo de nuestra revolución e ir cubriendo las necesidades del Estado con la nueva organización de la Administración de la Justicia con arreglo a una concepción sindical sana y sin que en ningún momento permaneciera al margen de esas necesidades del Estado el Sindicato? Otros horizontes disfrutaría hoy nuestro Sindicato de Empleados Judiciales (U. G. T.), si así se hubiera hecho, y quienes desde un principio han hecho cesión de cuanto disponían en defensa de la causa del pueblo, su propia causa, no padecerían la situación que sufren.

Reconozco, y estoy conforme con ello, que para llevar a efecto la nueva organización de la Administración de Justicia era y es necesario una depuración. No seré yo quien ponga en duda que hay elementos que no pueden desempeñar las funciones que se le señalen como empleados de la Administración de Justicia por no tener capacidad para ello, así como tampoco aquellos que desempeñan el oficio de “chicos”; pero en tanto estas cosas se organizan debidamente y la depuración se realice, ¿han de continuar padeciendo una situación angustiosa como la que padecen quienes desde el comienzo de nuestra gurma han luchado en la forma que han podido en defensa de la causa del pueblo? Desde luego ignoro el criterio que a este respecto hayan tenido quienes han podido (y pueden aún, aunque fuera en un poco) evitar esta situación; pero sí tengo la seguridad de que, habiendo tenido muy presente esta situación que se creaba a aquellos que poseen reconocida carta de revolucionarios, se hubiera encontrado una solución que no necesitara de un tiempo de cuatro, cinco o seis meses, sin que ello perjudicara esas abstracciones hacendísticas en las que podían continuar pensando y que, según el compañero Aguilar, eran y siguen siendo el obstáculo que impide dar una solución a una situación que ya pasa de ser algo más que angustiosa.

RODRIGO CARREÑO

Madrid, 1.º de febrero de 1937.

Advertimos a nuestros colaboradores que cuando envíen originales para su publicación y no figuren en nuestras páginas, pueden pasar a recogerlos por nuestra Secretaría.

¡SALUD, JULIÁN!

Sí, compañeros. Era en la guardia del Supremo, y en la habitación dedicada a lo que cuarteleramente se llama "Mayoría", donde aquella noche la emisora de la estación nos anunció la radiación de "La Verbena de la Paloma", medallón incomparable de los grandes e inmortales Ventura de la Vega y Bretón.

No os podéis imaginar qué efecto más imponente causaban en mi espíritu las acariciadoras y madrileñísimas notas al recordarme las hermosas noches de un agosto, que hacía un año cubrió a Madrid como en tantos anteriores; y que en éste, herido traidoramente por la zarpa sanguinaria de quien no supo respetar lo más humano, sonaban esas notas mezcladas con los disparos que allá, en el frente, dejaban oír su terrible lamento.

En el girar del disco musical, suena la voz de Julián, honrado y simpático cajista de imprenta. El camarada Nieto, con su mirada parecía preguntarme: "¿Qué razón se forja en las frases de este obrero con las circunstancias actuales?" ¡Y era verdad!

"También la gente del pueblo tiene su corazoncito..."

Y el corazón del pueblo latía en aquellos momentos por los cañones de las armas...

"...y lágrimas en los ojos y celos mal reprimidos..."

Lágrimas que bañaban el suelo de la grande España; grande por su constante resistir el sufrimiento y declarar sus celos hacia la bestia que quiere arrebatarle lo máspreciado de su amor: la democracia...

Y al mismo tiempo, mi alma saludaba a los compañeros que, cerca de nuestro edificio, tenían el suyo: cuartel de Artes Gráficas, que ellos, al verlos, me recordaban los tiempos en que en su compañía compartí el trabajo, recién llegado a Madrid. Después... ¡Agosto del 17! Y, sobre todo, el recuerdo imborrable de aquel que en 1915 cayó para siempre en la capital norteña, después de haber defendido huelga de tipógrafos en lazo común con los suyos: mi padre. Un saludo a Roberto Castrovido, de

quien tanto y con tanto entusiasmo le oí hablar. Un abrazo a los defensores de Artes Gráficas, en cuyo abrazo pueden fundirse estas humildes líneas, falta de redacción, pero llenas de entusiasmo y cariño hacia todo lo que sea proletario y antifascismo.

Por esto, a aquel Julián de la Verbena, que parecía preguntarnos nuestra vida en estas circunstancias, yo, con toda el alma, le contesto: ¡Salud, Julián! No pidas que muchos hombres comprendan tu llanto, como tampoco saben comprender lo que es conciencia.

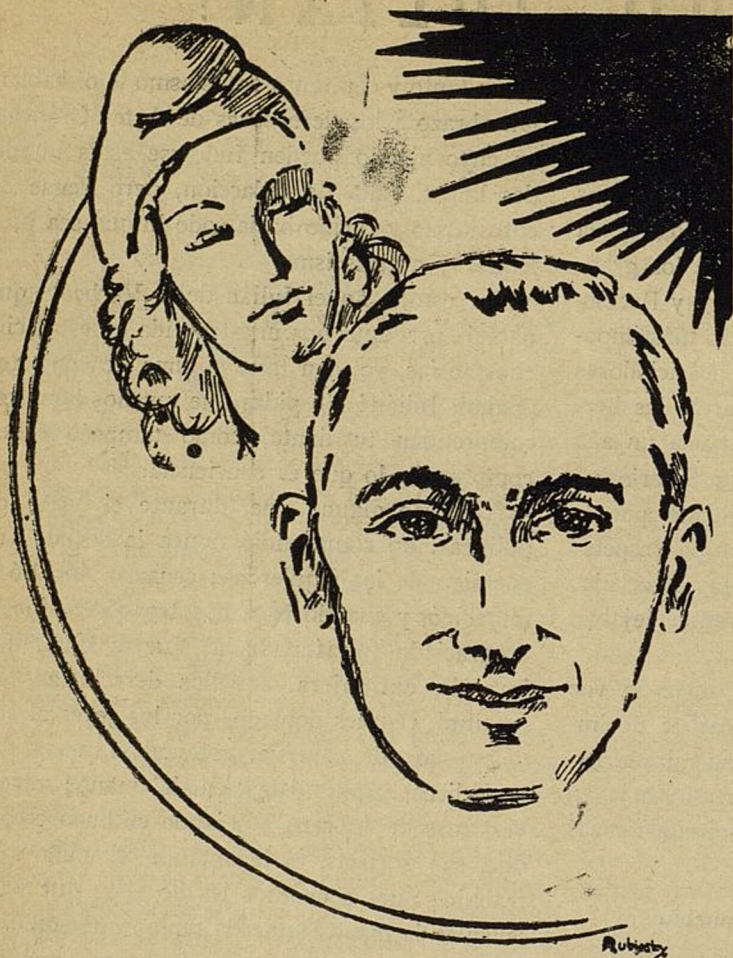
Aún veo alguno que, durante el curso de políticas, no comprendió nunca la social; fué enemigo de las izquierdas; censuró, insultó y mortificó, y cuando para nosotros sobrevino la desgraciada (o afortunada) guerra civil, hoy invasión extranjera, aquellos derechistas por gratitud, reptiles domados por los jefes al son de su voz de caverna, ostentaban, unos, los periódicos izquierdistas en la mano; otros, vestíanse de "obrero", dejando en buen escondite sus sortijas, y levantando el puño con trabajo; pues a cuántos les he visto que para levantar la mano izquierda tenían que empujar su codo con la mano derecha, como apuntalándolo.

¿Que no concuerda esta relación con el personaje de la zarzuela? Hasta cierto punto, no.

Pero es que aquella noche el Julián herido de celos representaba para mí los miles de hombres españoles honrados, idealistas y demócratas por derecho propio, por haber conocido y vivido los sentimientos puros y nobles de su hogar humilde, el que forjaron sus padres, y que hoy esos hombres no se han dejado arrastrar por la fantasía y persisten en su caminar lento, pero seguro y fiel, hacia la camaradería que tanto asustó y asusta a muchos "señores" y "amigos". Como nació ese sentimiento en la noche en que la emisora nos regaló aquella joya, al intérprete de ella le dedico estas humildes letras, y un apretón de manos al responsable en la guardia de aquella noche y gran camarada de todos, Pedro Nieto.

Salud.

RAFAEL OGANDO



¡ SALVADOR ICARAN !

Te contemplo y admiro en el dibujo hecho con mano maestra por el camarada Rubioski, y creo no has muerto.

¡No has muerto! Vives aún y vivirás en la mente de estos humildes proletarios de la curia, cuya reivindicación fué tu mayor alegría, y en la que pusiste corazón y alma.

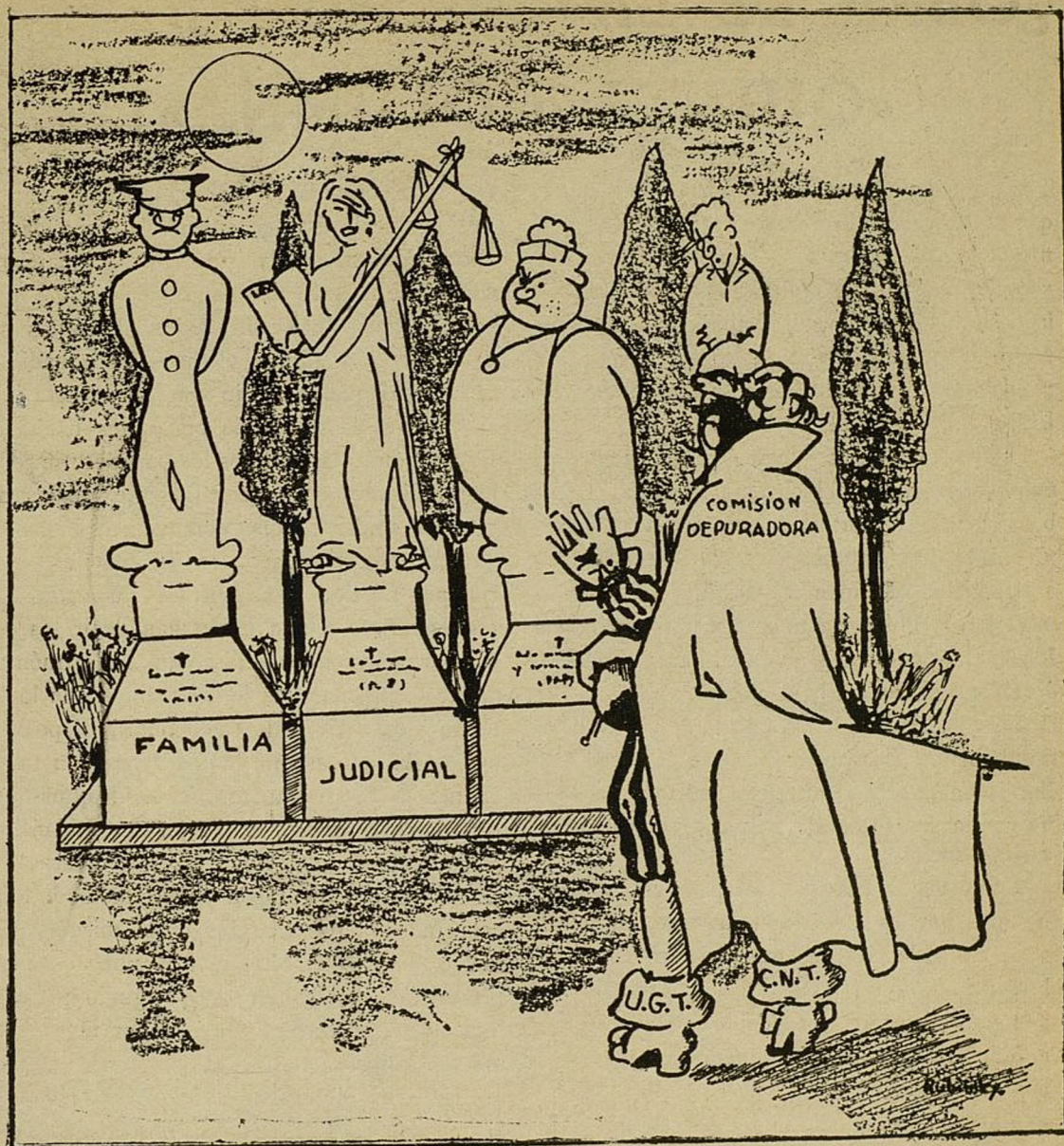
¡Cómo te recuerda este camarada! Cuando la traidora dolencia que te llevó al sepulcro se iba adueñando de tu ser, evoco, con lágrimas, las entrevistas sostenidas en el Palacio de Justicia, veo la cara macilenta, los ojos vivaces que, al saludarme adquirían un fulgor inusitado, y al juntar nuestras manos, con intensa emoción, siempre la misma pregunta: ¿Cómo va lo nuestro? ¿Venceremos?

¡Salvador Icarán! Luchador empedernido, sereno y metódico en la apreciación de hechos, trabajador incansable, amigo leal y verdadero.

¡Salvador! Estas líneas que te dedico emanan del corazón, y en ellas participan los muchos compañeros y amantes de la causa, que no te olvidarán jamás.

¡Descansa en paz!

Pedro NIETO



No me causa pavor
vuestra lucha sempiterna,
jamás a mí la caverna
me dió frío ni calor.
Yo soy el depurador

que dió fin a tal jolgorio.
Si en vuestro lecho mortuario
la conspiración se apresta,
daos prisa, que Tenorio
os ha de dar en la cresta.



¿OBRA DE LA «QUINTA COLUMNA»?

...y aquel sindicato, aquel puñado de hombres que habían llegado a tocar con los dedos la meta de sus aspiraciones, que al fin iban a recoger el fruto de tantos años de lucha, por la desunión vieron venirse abajo la obra construída y romperse en minúsculos pedazos, desmoronarse con sus luchas intestinas todas sus ilusiones.

Estamos en plena guerra, en los momentos culminantes de una lucha sin cuartel. El Gobierno, los sindicatos, los partidos políticos, todos los que sentimos en nuestro ser la idea antifascista, reclamamos, exigimos y trabajamos por la unión de todas estas fuerzas, por formar un poderoso y potente bloque alrededor de un mando único, bajo el control directo del Gobierno del Frente Popular, que nos lleve rápidamente a la victoria sobre la lacra hedionda del fascismo internacional, que ha osado, con su nauseabunda pezuña, hollar nuestro hispano suelo.

¿Cómo llegar a la realización de esta unión? Creemos que es obvio apuntar que, como en todas las cosas, ha de empezarse en esto por el principio, o sea: por recoger a todos los elementos dispersos, a todos esos que no están definidos, que aún se llaman neutrales, y atraerlos a una organización política o sindical. Conseguido esto, no queda sino sellar la unión de todas estas fuerzas así agrupadas, haciendo las concesiones o sacrificios de partido que sean precisos, y habremos montado el edificio, la fortaleza inexpugnable de nuestra victoria. Después que con este poderoso elemento hayamos aplastado al fascismo invasor, se haya conseguido plenamente nuestra amenazada independencia, será el momento, si se cree preciso, de cambiar el ritmo político y sindical de nuestra nación, en este aspecto; de deshacer, incluso, este bloque que estamos formando; pero, mientras tanto, cada sindicato, cada partido, sin inmiscuirse uno en las funciones de otro y sometidos todos a un mando único, como decíamos antes, ha de ser como una pieza de

ese gran organismo que, cumpliendo con la misión que le está encomendada, va a dar su aportación, su ayuda, para el funcionamiento común de la gran máquina.

Todos, absolutamente todos, deseamos una contundente y rápida victoria. Para nadie es un secreto que el medio más eficaz para conseguirlo es la unión de que antes hablamos. Esta unión es la de todos los partidos, de todos los sindicatos y, por consiguiente, de las dos grandes sindicales que dominan en España y que cuentan en su seno con la inmensa mayoría, por no decir toda, de los ciudadanos españoles. Pero a esta unión han de ir los sindicatos perfectamente disciplinados, armónicamente componetrados los elementos que lo integran; es decir, que cada sindicato, por ser una de las piezas que han de poner en movimiento el potente motor de la máquina que tratamos de crear, ha de estar sólidamente forjado, han de formar un solo cuerpo los elementos que lo componen, respondiendo a las consignas que se marquen a sí mismos, por medio de sus directivas, con una disciplina férrea. Con esto habremos conseguido que cada una de esas piezas no pueda fallar nunca, por muchos embates que lleve.

Esta arma defensiva es lo que necesitamos, la que nos dará la victoria: nosotros lo sabemos; pero... el enemigo también lo sabe, y, como lo sabe, pone de su parte todo lo que puede, hace sacrificios inimaginables y pone en juego todos sus recursos por destruir nuestra obra. La empresa es hartamente difícil, mas él no se arredra, no se detiene; tanteará por todos los sitios hasta encontrar el punto débil, el resquicio más pequeño por donde pueda empezar su tarea destructora. Nuestra obra no está terminada, pero el enemigo ya está actuando.

Todos nosotros tenemos que estar constantemente vigilantes. Sabemos que el enemigo actúa y quiere darnos el golpe de gracia.

Muchos, al leer estas líneas, creerán que lo

que decimos es una puerilidad, que son temores infundados; pensarán que el enemigo no puede destruir nuestra obra porque no le vemos por parte alguna; porque los sindicatos, que son, repetimos, la base de ella, están perfectamente forjados, ya que como los integramos nosotros mismos, si se descarrían sus componentes, si sus directivas no actúan del modo debido, como tienen que estar supeditadas a nosotros, con marcarles el camino a seguir "estamos al cabo de la calle"; y, sin embargo... el peligro existe, no en cuanto a lo segundo, pues creemos que lo apuntado basta para comprenderlo así, pero en cuanto al enemigo estamos seguros.

Vemos, por lo expuesto, que la tarea del enemigo es ardua, pues sus embates se estrellarán de una manera ruidosa al querer atacar a nuestros sindicatos. ¿Qué camino va a tomar para conseguir su propósito? Vamos a verlo.

¿Qué pasaría si en una máquina, por potente que fuese, se empotrasen unas piezas en otras? ¿Qué ocurriría si unos albañiles quisieran hacer el trabajo de los escultores, por ejemplo? ¿Qué sucedería si en una gran empresa hubiese dos directores que, aconsejados cada uno por elementos distintos y de una manera diferente, tratasen cada uno de ellos de asumir la dirección de aquélla? Creemos que las consecuencias serían fatales, que los resultados, en todos los casos expuestos, serían, no nulos, sino caóticos.

Sabemos que el enemigo existe; que la llamada "quinta columna" no desaprovecha momento para actuar, e incluso, para facilitar mejor sus planes, se disfraza, adopta un nombre y una posición revolucionarios y trata de introducirse en nuestros sindicatos y ostentar incluso cargos en ellos, para, de este modo, trabajar a sus anchas.

Tenemos un ejemplo magnífico de esto, y que, sin necesidad de comentarios y con unas solas palabras, os lo vamos a demostrar: ¿Conocéis a los trotskistas?...

Pues bien: figuraos por un momento que estos trotskistas, que estos elementos de la "quinta columna", aprovechando la buena fe de unos camaradas (que en su afán de abrir sus brazos a todo el que muestre deseos de luchar bajo las banderas antifascistas, les fran-

quean las puertas de sus sindicatos), hubiesen conseguido su acceso a una de las dos grandes sindicales de que antes hablamos. Deste este sitio empezarían su campaña contra nosotros —¿qué mejor sistema para procurar poner unos hombres contra otros?—. Para esto procurarían, dentro de los sindicatos pertenecientes a la otra organización sindical, formar ellos otro sindicato afecto a la sindical en la que ellos, los trotskistas, han logrado, por medios desconocidos, introducirse. Esto lo conseguirían fácilmente, pues sabido es que en toda organización hay elementos descontentos que, sin tener motivos justificados, por querer que les resuelvan lo que ellos desean, por querer conseguir egoístamente, para ellos solos, sin tener en cuenta para nada el compañerismo, unas mejoras o puestos que, siendo muchos los compañeros de organización, no consiguen tan rápidamente como desearan, pues es imposible atender a todos a un tiempo, o simplemente por ser unos emboscados, hacen lo posible por fomentar la indisciplina, el descontento y la desmoralización en sus organizaciones, pres-tándose, aun haciendo traición a los suyos, a toda clase de maquinaciones.

Si todo esto ocurriera, queridos camaradas, en nuestro Sindicato, ¿qué postura habríamos de adoptar? Si en la Casa de la Justicia se presentasen unos camaradas con el propósito de formar otro sindicato, afecto a otra organización distinta, ¿cuál sería nuestro deber? Y de formarse, ¿qué conseguiríamos con ello? Simplemente el ponernos unos compañeros contra otros; marchar cada uno por nuestro lado, y hacer que el edificio de nuestra reivindicación, la obra construida en tantos años de lucha, nuestras aspiraciones todas, casi conseguidas, se vinieran al suelo como un castillo de naipes. Nuestro Sindicato se desharía y de nuestra obra quedaría sólo un montón de ruinas, que es lo que hallarían de lo que fué la Asociación General y Montepío de Empleados Judiciales, en el momento que nos buscasen para formar parte de ese bloque poderoso que ha de ser la unión de todas las fuerzas antifascistas y el golpe decisivo para el fascismo. Y si acaso con las luchas intestinas que habríamos de tener no se derrumbasen nuestro Sindicato y el nuevo que se formara, sería,

MÁLAGA...

Ha caído la hermosa ciudad andaluza en poder de la barbarie fascista; pero esto, lejos de desmoralizar a los que verdaderamente nos sentimos españoles, a los que sabemos que a la razón no se la puede vencer, nos anima y nos da bríos para que en breve tan bella ciudad, así como tantas otras, no perdidas, sino heridas a traición, vuelvan a poder del Gobierno del Frente Popular (nuestro Gobierno), dignísimo representante del pueblo, que cuenta con todo el apoyo de los españoles y de su JUVENTUD, y para demostrarlo bien claramente ahí va un ejemplo:

En la Sección Ruiz-Matas de las J. S. U., comentamos la triste nueva de la caída de Málaga. Basta una simple ojeada entre los reunidos para adivinar en todos un mismo pensamiento: el deber de la reconquista de todo lo robado; un camarada, con el beneplácito de los demás, nos grita: "¡Camaradas! Vamos inmediatamente a ponernos de nuevo a la incondicional disposición del Gobierno del Frente Popular, que lucha por la República democrática en bien de nosotros, en bien de todo el pueblo español. Tenemos que vengar a nuestros hermanos malagueños. (¡Cuántas barbaridades estarán cometiendo con ellos!). Ya no esperamos nada de esos países que se llaman demócratas y que con su no intervención nos están resultando en la realidad tan... poco humanos como Alemania e Italia, pues están contentiendo a la clase trabajadora que está dis-

desde luego, un peligro para la unión y la brecha codiciada por el enemigo para continuar la destrucción de lo que ha de ser su muerte.

¡Camaradas, reflexionad sobre estas líneas, y vuestras conciencias de revolucionarios puros, de hombres libres y patriotas, os dictarán el camino a seguir! ¡Sacrifiquémoslo todo en aras de nuestra independencia y libertad, que tan amenazada se ve en estos instantes! Y, sobre todo, ¡guerra a la "quinta columna"!

puesta a dar su sangre por sus hermanos españoles. ¡No, camaradas! Como no queremos estar esclavizados ni dominados a fuerza de látigo por la canalla extranjera, vámonos ahora mismo a reclamar un puesto en el Ejército Popular, que es el Ejército de la victoria."

Y así, casi sin despedirse de sus familiares, van desfilando uno y otro de estos camaradas, que no dejaron de prestar su guardia en nuestro Palacio de Justicia, con una disciplina ejemplar: Fallola, con su cara infantil de estudiante de película americana; Juanito Rodríguez, a pesar de sus dolores de estómago; el bullicioso "Zamorano"; el buenazo de Iñigo; el sin par Gómez del Pozo; el "Ciprón" Arévalo y algún otro que de momento no recuer-

VISADO POR LA CENSURA

do. Todos van contentos; saben que van a cumplir con su obligación de españoles—el de arrojar de nuestra tierra a toda esa podredumbre extranjera que nos quiere hacer vivir de rodillas—.

Un abrazo y unas lágrimas que brotan de mis ojos, lágrimas producidas por no poderlos acompañar debido a mi inutilidad (maldita mano), y que se trocarán en lágrimas de alegría, porque pienso que con una juventud así, entusiasta y disciplinada, nada ni nadie podrá discutirnos el triunfo, y ya creo ver en vuestra cara risueña la aureola sin par de los que retornan con la bandera de la victoria.

¡Salud, camaradas; que vuestro ejemplo cunda, que no quede en la retaguardia ningún hombre apto para las armas! ¡A cogerlas y a pedir un puesto en las avanzadillas! ¡Compañeros curiales, a imitar a estos camaradas! ¡Todos a por la victoria engrosando las filas del EJERCITO POPULAR!

M. ALMANSA

RAFAEL OROZCO

LA UNION NOS DARA LA VICTORIA

La toma de Málaga por los no españoles —que ni los alemanes, ni los italianos, ni los facciosos “nacionalistas”, repudiados por su patria, lo son—ha tenido la virtud de reavivar en el espíritu adormilado de algunos antifascistas el sentimiento de unión, tan necesario en toda guerra, y mucho más si en ella, como en la presente ocurre, se ventila nada menos que la independencia y la libertad del suelo patrio. Ha sido, al parecer, el espolazo vigoroso y fecundo que ha borrado en horas cuantas diferencias banales, discrepancias absurdas y peligrosas divergencias pudieran existir—y, de hecho, desgraciadamente existían—en las fuerzas que de una u otra forma, en vanguardia o en retaguardia, luchan por la integridad nacional. En tal sentido, rindiendo ante todo el merecido homenaje a los caídos en defensa de la bella capital andaluza, no sabemos si, a la postre, y vistas las consecuencias de orden moral que parece producir su caída en el campo antifascista, seremos del todo certeros al diputar tal suceso como totalmente desgraciado para nuestra causa.

¡Unión! ¡Unión! ¡Unión para ganar la guerra!... Tal ha sido el grito que ha salido de todas las gargantas, de todos los organismos, de toda la Prensa de uno u otro matiz. Hace pocos días lo expresaba sinceramente, en una carta dirigida al jefe del Gobierno, una de las figuras señeras del anarquismo ibérico: Federico Urales. Unos después, fueron hechas idénticas manifestaciones por el ministro anarquista, justamente admirado, Juan Peiró. “Lo primero, ganar la guerra”. ¿Cómo? ¿Como sea! A costa de cuantos sacrificios sean necesarios; olvidando, por el momento, cuanto convenga olvidar; guardando cada uno de nosotros en la última celdilla de nuestro cerebro, mientras la guerra dure, nuestro personal ideario político, que tiempo habrá de lucirle y día llegará en que podamos sacarle a la palestra a contender lealmente con el de los demás. Hasta entonces, hasta que el triunfo llegue, ni marxistas ni libertarios, ni cenetistas ni ugetistas: ¡antifascistas sólo!, libertadores heroicos de nuestra Patria de la sumisión y vasallaje a que quieren condenarla unos cuantos malnacidos, en confabulación monstruosa y canallesca con países extranjeros, enemigos de todo progreso y de toda libertad... No olvidemos, no podemos olvidar en modo alguno, que si el triunfo ha de ser para todos los españoles (ya hemos que-

dado en que “ellos” no pueden ostentar tal título), el fracaso, si llegara por una u otra causa, nos alcanzaría también a todos nosotros; no perdamos, por tanto, el tiempo en discutir si son galgos o podencos, pues todas las discusiones que en este momento se planteen entre las fuerzas antifascistas, aun guiadas de la mejor intención, no pueden beneficiar más que a la causa del contrario. Y no creo que ninguno de nosotros pensemos en ello.

Es por esto por lo que me he visto dolorosamente impresionado con una que titulan “Contestación obligada” los queridos camaradas de la Sindical hermana, aludiendo en tonos acres y duros al artículo editorial del anterior número de esta Revista. A propósito del mismo me interesa, en primer término, hacer una aclaración: no soy el autor de dicho artículo; pero, aun sin serlo, le suscribo íntegramente. Además, ignoro cómo reaccionará el compañero que le escribió. Estas líneas las publico simplemente a título de antifascista, dolido por las frases vertidas en tal contestación por el Comité del Sindicato de Empleados Judiciales, quizá en un momento de ofuscación, debida, sin duda, a informes erróneos. Hecha esta aclaración, continúo.

No hay motivo alguno para que se sientan aludidos los queridos camaradas de la Confederación Nacional del Trabajo en las palabras del referido artículo. Desconocen seguramente la lucha sostenida durante largo tiempo dentro de la clase judicial por unos cuantos hombres de buena voluntad para lograr el ingreso de nuestra Asociación en una central sindical; desconocen, por lo visto, que en el año 1930, fecha de nuestro ingreso en la U. G. T., muchos asociados se dieron de baja “exclusivamente por tal motivo”, pues no querían asemejarse a los obreros, ya que nosotros llevábamos corbata y algunos cuello duro, sin tener ninguno las manos encallecidas; que no aleguen otra causa, pues entonces existía ya potente la C. N. T. y podían en ella haber creado su Sindicato. No les han dicho a los camaradas confederales que al estallar el movimiento fascista, nuestra Asociación, afecta a la U. G. T., tenía aproximadamente cuatrocientos cotizantes, y en el mes de agosto último llegó hasta sobrepasar el millar. Esta diferencia de más de seiscientos, ¿quiénes la han constituido? Pues, salvo las naturales excepciones, todos aquellos a quienes se alude en el editorial de referen-

cia. Desde luego han de convenir conmigo los queridos camaradas de la C. N. T. que todo obrero—y obreros éramos todos los curiales, querámoslo o no—que en agosto de 1936 se hallaba sin syndicar, no tenía, en el mejor de los casos, una clara noción de su deber de clase y, de fijo, no estaba muy desarrollado en él, que digamos, el espíritu revolucionario progresivo. Les han debido ocultar también sus informadores a los compañeros de la Confederación, que todas las altas en nuestra Asociación a partir del 19 de julio, eran dadas “provisionalmente”, sujetas, por tanto, a la subsiguiente depuración, no de éstas solamente, sino de todos los asociados; depuración que hasta ahora, por distintas causas, no se ha llevado a cabo, no rehuendo por tal retraso, como miembro de la Junta directiva, la parte de responsabilidad que me corresponda. Contra todos ellos, sean de nuestra Asociación o pertenezcan al Sindicato, iban dirigidas, a mi juicio, las censuras del editorial del número anterior.

Conste, pues, que ni de cerca ni de lejos, directa o indirectamente, se ha querido desde

estas modestas columnas criticar, molestar ni zaherir lo más mínimo al Sindicato de Empleados Judiciales ni a su Central Sindical, que tienen todos nuestros respetos y devociones. Pero hemos de procurar todos los que en una u otra Sindical luchamos de buena fe por la causa que nos une, que no se infiltren en nuestras organizaciones elementos de dudosa conducta, agentes encubiertos de la “quinta columna” que, tras la careta de ultrarrevolucionarios, procuran, por todos los medios, manchar la Revolución y entorpecer el éxito de la guerra.

Camaradas confederales: marchemos firmemente unidos por la senda del triunfo. ¡Fuera de nosotros los indeseables! ¡Veamos por la pureza de conducta de todos y cada uno de nosotros! Ello redundará en beneficio de toda la clase proletaria y, lo que importa mucho más, en el próximo final de la contienda que atravesamos.

¡Hermanos de la C. N. T.!: La unión nos dará la victoria. ¡A vencer, por medio de la unión!

ALFONSO DIAZ GARCIA

HOMBRES GRISES EN LA SIERRA

Una leve claridad, preludio de amanecer, dejaba adivinar, más que ver, el campo aun cubierto de sombras.

Nevaba...

Menudos copos caían, cubriendo con su gélida superficie tierras, árboles y peñas.

La claridad aumentaba, y poco a poco iban surgiendo de la semipenumbra anterior los albos gigantes de la sierra.

Los pinos dejaban caer con desgana sus ramas bajo el peso de la nieve.

El cielo gris, uniforme, sin chafarrinones claros ni oscuros que interrumpieran su monotonía, era triste, era cielo que pesaba sobre la blancura de la nieve.

Al fondo, los picachos surgían, gláciles, esbeltos, pero con la tristeza del cielo.

Unas sombras inciertas deslizantes, surgían tras los árboles; sus contornos, indefinidos, se confundían con los rugosos troncos; son sombras claras; son los “hombres blancos” de la guerra.

Su vida transcurre gris; como el cielo, como el ambiente todo; sufren, luchan y mueren sin exhalar una queja, sin que el frío ni los elementos puestos en libertad les haga abandonar la lucha.

Un agudo silbido, silbido emisario de muerte, corta el frío.

Las sombras se abaten, se aplastan contra la tierra, desaparecen.

Pasa tiempo; el viento aulla más fuerte, lanzando los copos contra los pinos en zarambada salvaje.

Una, dos, tres; son varias las sombras que aparecen emergiendo confundidas con la niebla: avanzan.

Entre los pinos quedan dos sombras; están unidas, una cogida a la otra que parece encogida, más lentamente avanzan.

Traídas por el viento llegan varias detonaciones, sordas, alargadas por el aire.

A poco aparecen los otros, como fueron, silenciosos, oscuros; uno trae dos fusiles.

Todos se pierden, desaparecen tragados por el monstruo gris.

Un poco más allá queda un bulto contraído bajo los pinos.

La nieve lo cubre y pronto el suelo queda igualado.

Silencio...

Sólo quedan los pinos recargados, y de vez en cuando rompe la quietud el desgarrador crujido de las ramas que, vencidas por el tiempo y el peso, se abaten, pesadamente, sobre el suelo.

CÉSAR FALLOLA GARCIA

¿QUE QUIEREN?

Hablando conmigo mismo, muchas veces aparece en mi memoria esa interrogación. Me refiero a las clases capitalistas y sus «allegados». Desde tiempos muy remotos hasta el año 1930 (ya me ocuparé de 1930 a 1936), la burguesía española y el alto clero—burgueses igualmente—sometieron al proletariado de España a todo lo más inhumano, ya que inhumano es la opresión, la miseria y el analfabetismo; gobernaron a su antojo, puesto que el pueblo no significaba otra cosa para ellos que explotación; dictaban leyes y más leyes, órdenes y más órdenes, sin contar para nada con el consentimiento previo del pueblo; nombraban gobiernos, monarcas, obispos (de éstos en gran escala), asignándoles como retribución sumas fabulosas, las que estaba condenado a pagar el proletariado; sostenían continuas guerras, de las que todas las naciones de Europa sacaban provecho, menos España, y para sufragar los gastos que éstas originan, sin mencionar las víctimas inocentes que ocasionan, imponían presupuestos y contribuciones al campesino, que para satisfacerlas tenía la mayoría de las veces que dejar de alimentarse.

En concreto: Quien mandaba era el burgués, y lo que él ordenaba, fuera acertado o no, había que cumplirlo a rajatabla. ¡Pobre del que así no lo hiciera! La miseria se cernía aún más sobre su cabeza, cuando no era enviado a pudrirse en un horroroso presidio, teniendo que dejar a su compañera e hijos mendigando un pedazo de pan.

Esto era lo que hacían esos monstruos hasta 1930. Veamos lo que ocurre con posterioridad.

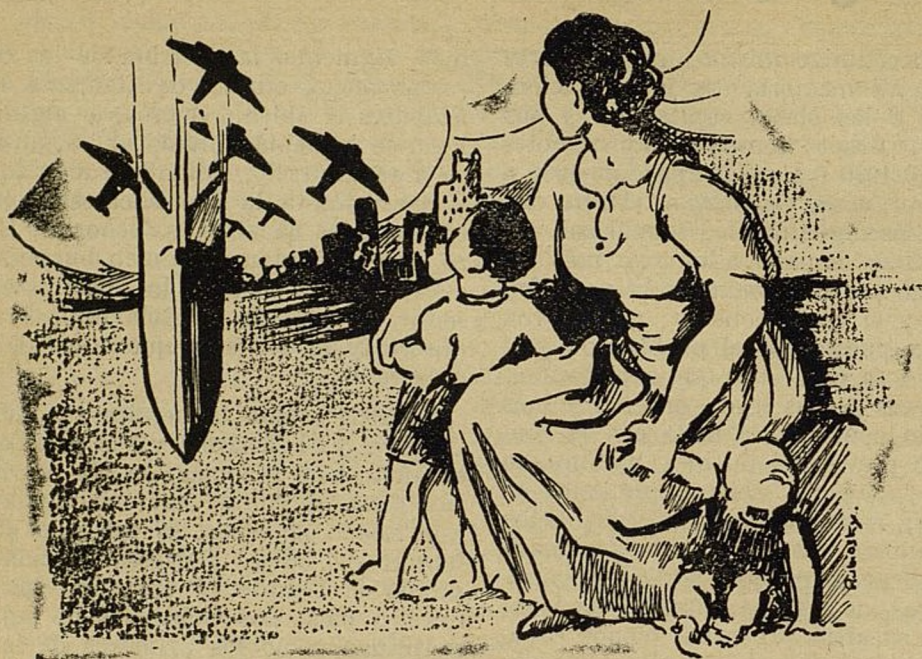
En 1931, el proletariado, cansado de tanta ignominia, proclama la República. La vieja monarquía desaparece para siempre de nuestro suelo. Las personalidades que componen el primer Gobierno republicano, no queriendo imitar en nada a las de los que componían los de las monarquías habidas con anterioridad, tratan al clero y al capitalista con moderación—¡qué caro nos está costando ese rasgo de humanitarismo!—, y éstos continúan disfrutando de casi todos los mismos privilegios que anteriormente disfrutaban.

En 1933, en las, por desgracia, célebres elecciones, triunfa el clero y el capital, disfrazados con el odioso nombre de «fascis-

mo», siguiendo la doctrina de los dictadores no menos odiosos de Alemania e Italia. Entonces el «bienio negro», si algún privilegio se le había quitado al burgués, vuelve a restituírsele, saltándose a la torera la Constitución de la República española y haciendo otras canallescas fechorías. El obrero, con este infame régimen burgués o fascista, ya que casi da lo mismo, vuelve a sentir el yugo de la esclavitud, la misma miseria y persecución que antes de la República.

En 1934 estalla la heroica revolución de Octubre, y el fascismo y sus partidarios se ensañan, una vez más, en los revolucionarios como si fueran seres sin civilizar. En este estado de cosas, se celebran el 16 de febrero del 36 las gloriosas elecciones, que dieron el triunfo al oprimido pueblo de nuestro país. Los Gobiernos de izquierdas continúan como los primeros de la República, tratando al burgués con demasiada consideración, siguiendo la explotación del obrero y campesino, aunque no con la intensidad de antes; y el 18 de julio el fascismo, no teniendo en cuenta esa consideración con que era tratado, demasiada para su cobardía, por medio de unos generales traidores se subleva contra el pueblo para arrebatárle su triunfo, conquistado legalmente en las urnas, e implantar en su lugar un régimen de terror y de hambre, o sea un fascismo.

Entonces, ¿qué quieren? ¿Guerra? Eso tiene que ser, pues de lo contrario no se explica esa sublevación. Ellos estaban gozando sus privilegios; a ellos no se les molestaba; no comprendo. A no ser que quisieran oprimir otra vez y con más intensidad al obrero y campesino... Si es guerra la que quieren, la tendrán; quizá más de la que desearan. ¿Creían acaso que el proletariado de España se iba a asustar ante una pila de ex generales borrachos y degenerados, o ante la «chulería» de los «niños» de Falange? Nada de eso. El pueblo es el que les dará el «susto». Los «rojos», como nos llaman, ya darán su merecido a esos «pollitos cursis», que tienen más de salvajes que de hombres. Y en cuanto a volver a oprimir al obrero y al campesino, es un sueño celestial que les suministra Dios. ¡Cuidadito al despertar!



¡Evacuad, mujeres españolas!

¡Mujeres madrileñas, evacuad la población! Vuestra vida, como madre, es el puntal más seguro de la República española. Al salir de la tierra donde visteis la luz primera, sepultad la pena y pensad que, al tornar, el ser que lleváis en vuestras entrañas y que libráis de la muerte, será el ciudadano honrado, probo y consciente que tendrá la República de paz y trabajo que se implantará en esta Nación, heroica como ninguna.

¡Huid de los aviones y obuses de la canalla fascista, que ametrallan sin piedad la villa sin igual!

Sabemos el valor y resistencia que tenéis; conocemos vuestra bravura: Sólo falta con evocar infinidad de casos en que, recogidos los cadáveres, estaban con el puño agarrotado y en alto.

En Madrid deben quedar únicamente los varones aptos y valientes, afectos ante todo y sobre todo al régimen, dispuestos a derramar hasta la última gota de sangre.

Por tanto, mujeres madrileñas y españolas de todas las regiones, evacuad la gran urbe con niños y ancianos; salvad vuestras vidas.

Los hombres y jóvenes nos quedamos sonrientes al pie del cañón.

¡Evacuad, mujeres españolas!

¡Evacuad Madrid!

TALLERES TIPOGRAFICOS

R E H Y M A



FOLLETOS
REVISTAS
LIBROS
MODELAJE



Antonio Grilo, 9

TELEF. 16889 + MADRID

